

sentencia dada contra Enrique IV. « Si, por la gracia de Dios, » decia el papa, se arrepiente, á pesar de cuanto ha hecho » contra Nos, nos hallará prontos á recibirlo á la comunión de » la Iglesia, y podrá convencerse de que le amamos mucho » mas de veras que los que le precipitan de iniquidad en iniquidad. »

14. La noticia de la excomunion y deposición de Enrique IV produjo en el mundo inmensa sensación. La Alemania se partió inmediatamente en dos campos: del lado del papa se pusieron gran número de clérigos, monjes, señores, la Franconia, Baviera, Sajonia, Lombardía y toda la Turingia. Enrique IV trató desde luego de disimular la profunda impresión que le había hecho este golpe, y afectaba menospreciar la sentencia pontifical como una arma impotente. Pero su cólera descargó con mayor violencia contra los desventurados Sajones. « La Sajonia y Turingia, dice un historiador contemporáneo, eran víctima de tal devastación cual no se conocía » de memoria humana. » Pero muy pronto se principiaron á manifestar multiplicadas defecciones entre los defensores de un rey tan injusto, feroz y tirano. Se juntó en Tribur, cerca de Maguncia, año 1076, una grande asamblea de los obispos y señores alemanes. Dos legados del papa, Siccardo, patriarca de Aquileya, y Altman, obispo de Passaw, asistieron á ella, y en nombre de la Santa Sede declararon que habiendo Enrique sido excomulgado canónicamente, prometían el apoyo de la autoridad pontifical para elección de un nuevo rey. La deliberación de los príncipes duró siete días; y en fin decidieron que era necesario dar otro jefe á la Alemania. Enrique, atemorizado de la gravedad é importancia que iba tomando este asunto, negociaba activamente con algunos miembros influyentes de la dieta de Tribur, y prometió dar todas las satisfacciones que se exigieran de él. Entonces intervino un tratado por el cual declaraban los señores á Enrique IV « que si

Gregorio VII, aunque por otra parte sean la fiel reproducción del espíritu de esta época y de la tendencia del santo pontífice. (Voigt, *Historia de Gregorio VII.*)

» en el espacio de un año no hacia por que se le levantasen » las sentencias de excomunion y de deposición contra su » persona, seria considerado como decaído del trono. » En seguida le impusieron las mas duras condiciones; las principales fueron que licenciase su ejército y se retirase á Espira, sin poder ejercer la autoridad real hasta obtener absolución del soberano pontífice. Se señaló y convocó para Augsburgo una dieta, y se suplicó al papa viniese á presidirla para concluir el negocio.

15. San Gregorio VII se puso inmediatamente en camino; pero Enrique IV, en lugar de esperarlo en Alemania, salió á su encuentro hasta Canosa, fortaleza en los Estados de la condesa Matilde. La entrevista fué muy digna de notar. « La fortaleza de Canosa, dice el señor Voigt, tenia tres recintos ó » cercos. Enrique fué introducido en el segundo, y los señores » de su comitiva se quedaron en el primero. Enrique se había » quitado todas las insignias reales y estaba como un particular. Vestido en hábito de penitente y á pié descalzo, esperó » tres días, ayunando y rezando, la sentencia del soberano » pontífice (1). Las negociaciones habían seguido su curso » durante este tiempo. La condesa Matilde fué la mediadora » para con san Gregorio VII. Enrique prometió dar amplia » satisfacción á las quejas de sus súbditos, de hallarse en la » dieta de Augsburgo, de reconciliarse con todos los príncipes » alemanes y reparar las pasadas injusticias: y en fin juró » que no haría en adelante nada contra la independencia y » honor de la Santa Sede. Postrado á los piés del pontífice y » puestos en cruz los brazos, repetía llorando: *Perdonadme,*

(1) Los escritores protestantes y los enemigos del pontificado se han mostrado muy chocados de lo que llaman rigor y arrogancia de san Gregorio VII con Enrique IV, haciéndole llevar hábitos de penitente é imponiéndole tres días de ayuno. El hecho fué que el mismo Enrique hizo esto de por sí. Y en derecho, la disciplina de la Iglesia exigía estas prácticas de penitencias canónicas antes de la absolución de los delitos y pecados graves públicos. Teodosio el Grande lo hizo ante un san Ambrosio, Enrique IV podia muy bien hacerlo con san Gregorio VII. La majestad real no se envilece jamás humillándose ante Dios. Por haberse arrodillado Teodosio á los piés de san Ambrosio, no le ha decernido menos la historia el merecido dictado de Teodosio el Grande.

» *beatísimo Padre, perdonadme por vuestra misericordia.* San Gregorio VII le dió la bendición y absolución apostólica, celebró misa en su presencia y la de los señores alemanes, que estaban con él y que garantizaron las promesas del rey. Después de la consagración, san Gregorio VII mandó acercarse al altar á todos los asistentes, y luego, levantando en alto la sagrada hostia, dijo al rey: Se nos ha acusado por vos y por los de vuestro partido de haber usurpado la Santa Sede, de haberla adquirido por simonía; de haber cometido delitos que, con arreglo á los cánones, nos harían incapaces de ejercer las sagradas funciones. Fácil nos sería invocar para justificación nuestra el testimonio de los que nos conocen desde nuestra niñez y de los autores de nuestra promoción; mas solo queremos referirnos al juicio de Dios. Sea prueba de mi inocencia el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que voy á recibir. Yo ruego al Todopoderoso desvanezca así las sospechas, si soy inocente; ó que me haga morir repentinamente, si fuere reo de lo que se me imputa. — Y en seguida comulgó con la mitad de la hostia, y volviéndose hácia Enrique IV, le dijo: Príncipe, pesan contra vos las mas graves acusaciones: si estais inocente, imitad mi ejemplo, y recibid la otra mitad de la hostia, para que esta prueba cierre la boca de vuestros enemigos y se acabe para siempre la guerra civil. » Esta proposición imprevista admiró al rey: y no se sintió con valor para consumir un sacrilegio; tal vez se le vino á la memoria el sacrilegio de Lotario. Suplicó al papa difiriese esta solemne prueba para el día fijado de la dieta general. Se le otorgó esta dilación. Después de la misa el papa convidó á Enrique á su propia mesa, le trató con el mayor miramiento, y le despidió para ir á reunirse con el resto de su comitiva que le esperaba fuera de la fortaleza (año 1077).

16. La reconciliación de Enrique IV solo era aparente, y así salió de los Estados de la condesa Matilde con un corazón encendido en cólera. Sus enemigas disposiciones fueron muy en breve avivadas por sus cortesanos, y sobre todo por

Guiberto de Ravena, que proseguía constantemente sus proyectos de ambición y de cisma. Sin embargo el papa san Gregorio había comunicado al universo entero el resultado de la entrevista de Canosa, y declaró que el rey de la Germania había sido relevado de las censuras fulminadas antes contra él. Estas noticias habían hecho venir en torno de Enrique muchedumbre de obispos y señores: y el rey no vió en este giro favorable de su suerte sino un medio oportuno para satisfacer su secreta venganza. Envió pues á la Lombardia un destacamento de tropas, encargadas de apoderarse de la persona del papa; pero Gregorio VII, avisado á tiempo, pudo esquivarse del peligro. Una vez arrojado el guante, Enrique, lleno de nuevo furor y maldiciendo lo pasado, se preparó abiertamente á una lucha encarnizada (año 1077). Pero los señores alemanes no se hallaban dispuestos á servirle en tan escabroso y mal camino; y convocaron una dieta general á Forcheim, y enviaron diputados al papa suplicándole asistiese á ella. San Gregorio VII respondió que después del último desacato de Enrique IV era muy imprudente para él atravesar la Alemania, y se contentó con enviar diputados suyos que le representasen en la dieta de Forcheim del mismo año 1077. Se ofreció á Enrique IV un salvoconducto para venir á asistir á las deliberaciones, lo que no aceptó. La dieta pasó entonces al exámen de las quejas formuladas contra él. Su tiranía fué unánimemente reprobada, y su última agresión contra el papa mirada como motivo suficiente de pérdida del trono. El arzobispo de Maguncia propuso pues deponer á Enrique, y ofrecer la corona á Rodulfo, duque de Suabia. Los príncipes y el pueblo acogieron este voto con el mayor júbilo; y los legados, sin esperar instrucciones especiales sobre esto del pontífice, adhirieron á la elección, y acto continuo los miembros de la dieta prestaron juramento de fidelidad en manos del nuevo rey. Rodulfo aceptó con gran repugnancia la corona que se le impuso, y pidió tiempo para tomar consejo, pero los príncipes no le otorgaron sino una hora de reflexión, y desde el fin del día fué proclamado *rey legítimo de la Germania y defensor del*

imperio de los Francos, título que recordaba á Carlomagno y al origen del nuevo imperio de Occidente. Esto fué en 15 de marzo de 1077.

17. La eleccion de Rodulfo entregaba la Alemania á nuevos males. Enrique atacó á su rival y le derrotó en el primer encuentro que tuvieron. Se hizo coronar solemnemente en Ulm, como para mejor asegurar el cetro que le disputaba Rodulfo; luego recorrió la Suabia, provincia señorial del electo de Forcheim, talando los campos, quemando las mieses y arrasando las fortalezas. La eleccion de Rodulfo no fué ratificada por el papa, quien á pesar de la perfidia de Enrique IV esperaba aun atraerle por la mansedumbre. Los legados al confirmar la eleccion de Rodulfo habian traspasado los límites de su mision; así es que en una carta dirigida á todos los fieles se expresa formalmente en este sentido, declarando que la dieta habia obrado sin su orden ni consejo. « Y aun hemos » mandado en un concilio, añade, que si los arzobispos y » obispos que han consagrado á Rodulfo no alegaban buenas » razones de su conducta, serian depuestos de sus sillas. » La neutralidad del papa se formuló tan claramente en esta ocasion, que los dos reyes enviaron simultáneamente embajadores reclamando su intervencion. San Gregorio VII, en respuesta á estas dos proposiciones, dió nuevas instrucciones á sus legados en Alemania. « Os mandamos, les dice, por autoridad de san Pedro intimar á los reyes Enrique y Rodulfo, » aseguren la libertad de nuestro viaje y nos den salvoconducto para que podamos ir á terminar esta contienda con » ayuda de clérigos y seculares de Alemania, y decidir en qué » manos es justicia queden las riendas del imperio. »

18. Rodulfo hubiera suscrito gustoso á los deseos del papa, mas no así el inflexible Enrique. Este príncipe armaba á toda priesa, y la fortuna le sonreia por do quiera. Los príncipes y obispos de Italia y Alemania]se declararon en gran mayoría por su causa; comenzaron pues las hostilidades entre ambos competidores con diversa fortuna. En la sangrienta batalla de la Streva, en Franconia, Rodulfo sostenido por Othon de

Nordheim, llamado el *Bravo*, logró contra su adversario una de esas victorias costosas, cuyos desastres equivalen á una derrota. Enrique se retiró á Rastisbona, y apenas se repuso, penetró de nuevo en la Suabia, llevándolo todo á sangre y fuego. San Gregorio VII hizo aun otra tentativa en 1078 para restablecer la paz. Convocó en Roma un concilio, al que ambos reyes enviaron embajadores, que en nombre de sus reyes prometieron someterse á la decision de una dieta general de toda la Alemania. Mas estas negociaciones no interrumpian las hostilidades, que continuaban sin descanso durante todo el año 1079. La victoria de Fuldenheim, lograda por Rodulfo en 1080, reanimó á los Sajones, y parecia haber de dar un golpe decisivo á la causa de Enrique. Pero este se restableció muy pronto y tomó la ofensiva mas terrible que nunca, sin querer aceptar la mediacion del papa ni consentir en la dieta general que todo lo habia de pacificar. Sin embargo toda la Alemania suplicó al papa pronunciase definitivamente entre ambos pretendientes, para poner fin con su decision á la guerra civil. Trató de aplacar por última vez el carácter indómito de Enrique IV, el cual se negó á oír toda propuesta de acomodamiento. Pasó pues la hora de negociaciones, y era necesario que el Santo Padre obrase.

19. San Gregorio VII convocó pues en Roma un concilio en 1080, que fué el séptimo que celebró. Despues de confirmado y renovado el anatema contra las investiduras, admitió los enviados de Rodulfo, que expusieron sus agravios y quejas contra Enrique. El papa tomó entonces la palabra, y en un largo discurso resumió cuanto habia hecho por la paz del imperio, y los obstáculos que habia encontrado siempre de parte de Enrique; y con magnífico arrebató de elocuencia, dirigiéndose á san Pedro y á san Pablo, cuya autoridad representaba, pronunció la sentencia en estos términos: « San » Pedro, príncipe de los Apóstoles, y tú, san Pablo, doctor » de las naciones, dignaos, os ruego, oír mis plegarias con » favor. Por la fe que en vosotros tengo, despues de Dios y » su santísima Madre la Virgen María, resisto á los malvados

» y pecadores, y sostengo á vuestros fieles siervos. Los reyes
 » de la tierra, los príncipes del siglo, se han conjurado contra
 » el Señor y contra vosotros; han dicho: Rompamos su yugo
 » y sacudámoslo lejos de nosotros. A su frente, Enrique, á
 » quien llaman rey, se ha levantado contra vuestra Iglesia, y
 » maquina precipitar el trono pontifical. Se opone á toda pro-
 » puesta de paz, y rechaza la dieta que habia de terminar guer-
 » ras tan prolongadas. Ha causado la muerte de una infinidad
 » de cristianos, entregado las iglesias al saqueo y profanacion
 » de sus soldados, y sembrado en fin la desolacion en todo el
 » reino teutónico. Por tanto, confiado en la misericordia de
 » Dios y de su santísima Madre la Virgen María, y usando
 » de vuestra autoridad, excomulgo á Enrique y á todos sus
 » fautores; y declarando de nuevo haberse hecho indigno de
 » los reinos de Alemania é Italia y haber perdido todo derecho
 » al trono, le quito la potencia y dignidad real. Yo prohibo á
 » todo cristiano le obedezca como rey, y absuelvo del jura-
 » mento de fidelidad á cuantos se lo hubieran prestado. Que
 » Rodulfo, elegido por soberano por los Alemanes, gobierne
 » y defienda el reino que le ha sido cometido. Yo otorgo á
 » cuantos le sirvieren la absolucion de sus faltas y la bendicion
 » apostólica. Así como Enrique es juntamente despojado de
 » la dignidad real en castigo de su orgullo, de su desobedien-
 » cia y mala fe, así por el contrario, la potencia y autoridad
 » real son conferidas á Rodulfo, en premio de su humildad,
 » rectitud y sumision.»

20. Enriquè IV se creyó harto fuerte para luchar, de poten-
 cia á potencia, contra la autoridad que acababa de castigarle
 tan merecidamente, y á esta sentencia solemne, apostólica de
 excomunion, respondió con los conciliábulos de Maguncia y
 de Brixen de 1080, que declararon á Gregorio VII indigno de
 gobernar la Iglesia. « Reunidos en número de veintinueve
 » obispos, decian los obispos simoníacos, hemos resuelto
 » deponer, arrojar, y, si insiste en desobedecer á nuestra inti-
 » macion, entregar á la eterna condenacion á Hildebrando, á
 » ese hombre perverso que predica el saqueo de las iglesias y

» el asesinato, que sostiene el perjurio y la mortandad, que
 » pone en duda la fe católica; á Hildebrando, fautor del hereje
 » Berengario; á Hildebrando, monje apóstata, poseido del
 » espíritu infernal, vil apóstata de la fe de nuestros antepa-
 » sados.» En medio de las groseras injurias inspiradas por el
 odio mas encarnizado, ha lugar á quedarse atónito de hallar
 entre ellas la de favorecer á Berengario, á quien habia con-
 denado solemnemente Gregorio VII en un concilio celebrado
 en 1078. El heresiarca habia sido depuesto, y habia abjurado
 la herejía en propias manos del papa. Despues de tan violento
 manifiesto, los obispos de Brixen eligieron unánimemente por
 antipapa á Guiberto de Ravena, que tomó el nombre de Cle-
 mente III. Este se presentó entonces, revestido de ornamen-
 tos pontificales, y juró proteger á Enrique IV. Tomó en
 seguida el camino para Italia con numerosa comitiva. Enrique
 apoyó con todo su poder esta eleccion que el mismo habia
 inspirado, pero que fué muy mal acogida por todas las gentes
 honradas. Por su lado, Rodulfo se preparaba á un combate
 que debia de ser decisivo. En octubre de 1080, se encontraron
 ambos ejércitos cerca de Merseburgo, en los marjales ó pan-
 tanos de Grona. El bravo Othon de Nordheim, al frente de los
 Sajones, determinó la victoria á favor de la buena causa; pero
 en el momento en que se le iba á anunciar su triunfo, Rodulfo,
 mortalmente herido por Godofredo de Bouillon, espiró como
 Epaminondas en Mantinea. El jóven Godofredo, que hallamos
 aquí entre los soldados de Enrique IV, expiará los errores de
 su juventud con sus inmortales hazañas en los campos de la
 Palestina.

21. La muerte de Rodulfo, amortajado en su triunfo mismo,
 era empero una inmensa calamidad. Enrique IV, dueño de
 casi todos los pasos de Italia, entró como vencedor en estas
 hermosas comarcas, y su partido se acrecentó con lamentable
 rapidez. Los clérigos y obispos simoníacos ó incontinentes se
 agrupaban en torno del antipapa Clemente III, y formaron el
 cisma llamado de los *Enriquianos*. Tenian su doctrina aparte,
 y enseñaban que el emperador debia de ejercer absoluta auto-

ridad en la eleccion de papas y obispos, y que no podia mirarse como legítimo papa ú obispo sino al que fuera elegido por el *emperador* ó el *rey de la Germania*; y en fin, que no debía de hacerse caso de una excomunion lanzada contra un soberano temporal. Enrique IV, como era natural, favorecia estas tendencias, y san Gregorio VII se vió abandonado de casi toda la Italia, y no conservaba como aliada sino á la heróica condesa Matilde, cuyo valor incontrastable buscaba medio cómo oponerse á los desastres de una invasion alemana. « El buril de la historia, dice Voigt, no puede trazar » las desgracias causadas por este cisma. » Fueron en efecto inmensas, pues que estuvieron á punto de echar á pique todas las reformas saludables, cuya realizacion habia meditado y emprendido el gran carácter de Gregorio VII, y que habia de salvar la civilizacion moderna. El magnánimo pontífice veia con calma acercarse la borrasca: sabia muy bien que en vano se agita el hombre para triunfo del error, pues que la mano de Dios sabe poner limites á la injusticia y al crimen. « De » seamos, escribia á toda la cristiandad, que vuestro menos » precio por el orgullo y esfuerzos de los impíos sea igual al » nuestro, y que esteis tanto mas seguros de su ruina cuanto » los viereis mas ensoberbecidos. » La confianza de san Gregorio VII fué poco despues recompensada por la sumision franca y cordial de Roberto Guiscardo, que acababa de prestarle juramento de fidelidad, recibió la absolucion de las censuras en que habia incurrido, y puso su espada al servicio de la Santa Sede. Mientras tanto los Sajones, abatidos momentáneamente por la muerte de Rodolfo, se reanimaron muy pronto, y en 1081 eligieron en Bamberg al conde Hermann de Luxemburgo en calidad de rey de Germania. Nacido de una familia ilustre y antigua, y guerrero valiente, Hermann en tiempos ordinarios hubiera sido un grande hombre por sus brillantes cualidades; pero en esta época de trastornos políticos, hubiera sido necesario ser mas que héroe para empuñar y guardar aquel cetro. Hermann, coronado en Goslar, correspondió, con su actividad y valor prodigioso, á la eleccion

de los Sajones. Pero su ejército principió á desbandarse y muy pronto se vió obligado á retirarse á la Lorena, donde murió sin haber podido asegurar en su frente una corona de que tan digno le habian hecho su valor y virtudes.

22. Desde la primavera de 1082, Enrique IV habia venido á acamparse bajo los muros de Roma con un ejército formidable. Llevaba en su compañía á Guiberto de Ravena, que manejaba la espada sin escrupulizar que llevaba sagrada púrpura. Bloquearon la ciudad santa durante tres años consecutivos las tropas alemanas. San Gregorio VII se habia refugiado al castillo de San Angelo. Roberto Guiscardo, ocupado en una guerra contra los Griegos de Constantinopla, no podia socorrer al papa. Los Romanos, á pesar de infinitas tentativas de corrupcion por Enrique IV, permanecieron fieles á su pontífice. Varias negociaciones de tiempo en tiempo interrumpian la lucha, y habia intervalos de tregua. En 1083, por propuesta del papa, Enrique consintió en la celebracion en Roma de un concilio que pronunciase, en último resorte, sobre los asuntos de la Iglesia y del imperio. Juró el rey dejar libre acceso y entrada á cuantos quisieren á la asamblea; mas, consiguiente á su nativa mala fe é inconstancia, hizo arrestar á los enviados de Hermann y de los príncipes alemanes, así como á los obispos del partido opuesto al suyo y que obedecian al llamamiento del papa. A pesar de tantos obstáculos, se abrió el concilio (noveno y último, bajo Gregorio VII) en el día señalado. « En el » dia tercero, dice Voigt, san Gregorio VII se levantó en medio » de la asamblea como animado de asistencia sobrenatural: » habló de la fe, de la moral cristiana, del ánimo, valor y » constancia necesarios en la persecucion presente, con una » elocuencia tan viva y penetrante, que se arrasaron en lágrimas » mas los ojos de todos los circunstantes. Se diria que pre » sentia ser la última vez que habia de hablar á favor de » una causa tan justa y tan sagrada. Enrique se negó á toda » especie de acomodamiento; sin embargo, san Gregorio no » pronunció contra él nominativamente sentencia alguna, y » se contentó con excomulgar en general á todos cuantos ha-